



CONVIVENCIA EN LA FRONTERA DE GRANADA

JOSÉ RODRÍGUEZ MOLINA

Universidad de Granada

Hoy que se desmoronan las fronteras europeas ante el avance imparable de una cultura abierta, presidida por la tolerancia, generadora de un clima de convivencia entre etnias y religiones, cada día mayor, que nos va habituando a convivir a gentes de distintos credos e ideologías, parece oportuno volver sobre la última frontera peninsular. Pretendemos descubrir en ella la rica y variada pluralidad de la vida, desde perspectivas sociales más abiertas y con el apoyo de una documentación nueva, carente de intencionalidad histórica. Estas fuentes de información fueron generadas por gentes del pueblo llano, cuando en calidad de testigos hacían alegaciones en pleitos sobre límites de tierras, en otro tiempo fronterizas, por donde ellos solían moverse en el ajetreo diario de las tareas del campo, la guarda del ganado, los intercambios de productos o las mil formas de convivencia que fomenta toda vida.

Recogiendo la antorcha encendida, por Juan de Mata Carriazo y Arroquia desde el Valle del Guadalquivir y Juan Torres Fontes, desde el ámbito murciano, queremos seguir exhumando ese oscuro, pero apasionante abanico de relaciones que en la Frontera de Granada mantuvieron moros y cristianos, como entonces se les conocía y se llamaban a sí mismos.

La Frontera del Reino de Granada, mantenida con pocas modificaciones a lo largo de toda nuestra Baja Edad Media, ha tenido una notable importancia en la historia política, económica, social y cultural, para los reinos situados a uno y otro lado de ella. Durante dos siglos y medio fue la zona de contacto y de fricción entre dos mundos diferentes, el cristiano y el musulmán, que se repartieron de un modo desigual, casi siempre en equilibrio inestable y de forma anacrónica, un amplio espacio de la Península Ibérica, distribuido en proporciones notablemente descompensadas.

Ello propició un conjunto de variadas, prolongadas y contradictorias relaciones, de las que en la memoria colectiva han prendido, con vigor y cierta

fatalidad, las relativas a la conflictividad. Esta idea se ha visto potenciada por la historiografía, alimentada casi siempre en fuentes cronísticas, dedicadas a exaltar las gestas guerreras de un noble, al que se pretende elevar a la categoría de héroe o en la información proporcionada por los memoriales cursados a la corona en demanda o ratificación de franquicias y privilegios por parte de la nobleza y oligarquías urbanas. Con frecuencia, el término frontera ha evocado un concepto inevitable de conflictividad bélica, la cual, sin embargo, nunca revistió los alarmantes caracteres de intensidad, generalización y exclusividad de que se viene revistiendo. La última frontera de la España Medieval cristiana con el Islam granadino fue, además de línea de guerra, espacio de paces y treguas y de transculturación entre dos civilizaciones.

De aquí la necesidad de abordar el estudio de la Frontera a través de dos tiempos, el tiempo de la guerra, no tan largo como se ha creído, que oscilaría en torno al 15 %, mientras que el tiempo de la convivencia, presidido por las paces y treguas, con un 85 % del total, sería el más acostumbrado y, desafortunadamente, el peor o nulamente descrito. Ella aparece como emblema de la dialéctica de la guerra y de la paz entre Granada y Castilla, expresada por aquel noble alcalaíno coetáneo de los hechos, quien recordando a sus parientes y las relaciones mantenidas con otros nobles de Granada, reconocía que, *entre los cuales, aunque en la guerra se daban de lanzadas, cuando había treguas y paz, pasaban presentes y dádivas de una parte a otra.*

Es verdad que fue liza de lucha y enfrentamiento de dos pueblos, cuya actividad contribuyó singularmente a la elaboración de un nuevo arte de la guerra y una nueva arquitectura militar —castillos, sistemas defensivos y organización de la caballería ciudadana—. Junto a ello, también representó el papel de amplio escenario de encuentros, culturas y formas de vida.

En ella derramaron su sangre personajes notables y fueron bastantes los hombres de las diferentes capas sociales, especialmente populares, a quienes las cadenas del cautiverio tuvieron sujetos en mazmorras o sometidos al duro y agotador trabajo que sus amos consideraron oportuno asignarles en medio de unas condiciones ínfimas de alimentación y consideración humana. No se puede silenciar, sin embargo, que a través de ella se filtraron, como Carriazo reconoció en reiteradas ocasiones, muchas influencias recíprocas, se crearon instituciones muy singulares, como aduanas para el comercio, el juez entre los cristianos y los moros, para derimir pleitos surgidos entre individuos o grupos de uno y otro lado de la franja divisoria, los fieles del rastro, para perseguir a los malhechores, los ejecas que mostraban los caminos a mercaderes y caminantes y los alfaqueques, que redimían cautivos.

Se produjeron, con cierta intensidad, intercambios de hombres y de mujeres, de forma abierta y clandestina, y lo que es más sorprendente, por en-

cima de la incompatibilidad religiosa se constatan fenómenos muy delicados y significativos de comprensión, tolerancia y cortesía, ejemplificados en aquella carta que las gentes de Colomera, entonces musulmana, escriben a las autoridades de Jaén, en 1479, expresando su pesar al no poder devolverles al joven jiennense cautivado por los moros y convertido al Islam, ofreciéndoles toda la ayuda necesaria para que se desplacen sus familiares a Colomera, a fin de convencerlo, para que de nuevo abrace la religión cristiana y, en consecuencia, poder devolverlo en libertad a la ciudad de Jaén:

Carta de Colomera.

Al corregidor e alcalde mayor e al comendador e alguacil mayor e al conçeio. De Colomera nos encomendamos a vosotros.

Señores reçebimos los dos moros nuestros que vosotros nos enbiastes, e luego vos enbiamos los tres cristianos vuestros.

E sabed honrado conçejo e caualleros que un moço se tornó moro, e nosotros ovimos mucho pesar dello, e le deximos que fuese con sus compañeros e no quiso.

Mandad que venga su madre e parientes aquí a Colomera e trabajen con el moço para que se valla con ellos y nosotros lo dexaremos ir, y vengan los que vernán seguros.

E somos prestos en todas cosas, honrados cavalleros, de facer lo que mandáredes.

Todo ello dio lugar al surgimiento de interesantes géneros literarios, como los romances fronterizos, las novelas moriscas, las cartas de frontera, una intensa correspondencia pacífica entre municipios opuestos. En definitiva, esas poblaciones limítrofes asentadas a uno y otro lado fueron protagonistas de una realidad de vida habitualmente diluida en los quehaceres y contactos cotidianos.

En ella y en las relaciones propiciadas entre gentes de uno y otro lado, surge una sociedad particular, de la que interesa conocer los componentes, los comportamientos, la red de relaciones e, incluso, la mentalidad propia de la Frontera.

Son aspectos nuevos e inéditos de la historia que es necesario conocer y explicar con la ayuda de una documentación nueva, existente, pero dormida en los archivos, no sólo de la mano de crónicas, memoriales y cartas de frontera, ese periodismo de clase que tanto ha fomentado la concepción de las relaciones, inmersas en la violencia y la actividad bélica en nuestra historiografía fronteriza y que está exigiendo una nueva relectura, más reposada y atenta de hechos que escaparon a la directa intencionalidad del autor. Es necesario exhumar textos carentes, en principio, de intencionalidad histórica, entre los que se pueden contar las Actas Capitulares de concejos,

contratos de compraventa, cartas de vecindad entre poblaciones cristianas y musulmanas para aprovechamiento mutuo de pastos, alegaciones de testigos en pleitos por lindes y pastos, por titularidades de tierras, etc. Documentos, en definitiva, no descriptivos que, aunque no hacen un discurso intencionado sobre la frontera, a semejanza de crónicas y memoriales, atraen la atención del historiador por el contenido que sin proponérselo nos dejan vislumbrar en las relaciones sociales, condición de los campesinos y pastores, y mil formas de convivencia de pueblos vecinos con diferente cultura, asentados en espacio organizado de forma peculiar y propia, y con una fuerte conciencia de lo que es la vecindad, manifiesta en el reproche que el alcaide moro de Cambil hace al alcaide cristiano de Huelma, que ha cautivado a un caminante moro que se dirigía a Cambil y ha errado el camino. Lo habitual y correcto era mostrarle el camino, dice el alcaide de Cambil, pues así lo vienen practicando ellos, de acuerdo con sus pactos de vecindad:

Porque muchas veses cristianos van a Huelma e yerran el camino e se van a Cambil, e los alcaides de Cambil dan moros que les muestren el camino de Huelma e no los toman por perdidos, que así avrán de faser los de Huelma; e el alcaide, si erró el camino el moro, ge lo deviera mostrar, que para esto es la vesindad.

Junto a la frontera como zona desorganizada, lugar de peligros y marginalidades, aparecen contactos reglados por la costumbre y convivencia de campesinos, pastores y cazadores. Al lado de una sociedad organizada para la guerra, aparece otra dinámica y cohesionada que practica de forma sistemática un constante y floreciente comercio, lleno de relaciones y convivencias humanas. Así lo expresa el testimonio de un cualificado testigo, vecino de Jaén, el alfaqueque de la ciudad, en 1480:

A visto e vee oy día entrar e salir moros del reyno de Granada a esta dicha çibdad con sus mercaderías... y que ve e a visto que cada día van e vienen christianos a Granada e a su reyno, e van seguros e vienen seguros.

Junto al lugar de muerte y cautividad, se manifiesta un espacio donde se cultivan con intensidad los intercambios, las relaciones humanas, la libertad, la iniciativa y el respeto a la libre determinación de las personas, incluso en el campo de la religión.

Conocer estas dos caras de esa contradictoria, pero apasionante moneda, todavía hoy oscura y de difícil lectura por la herrumbre de los años y por los intereses sociales de entonces y de ahora, que siempre se centraron con mayor atención en la actividad de los grupos poderosos y de las oligarquías dirigentes, es el propósito de la línea de investigación que aflora en estudios realizados y otros en vías de elaboración, de los que pretenden ser síntesis, estas someras páginas.

Véase documentación y bibliografía en:

- RODRÍGUEZ MOLINA, José, "Relaciones pacíficas en la Frontera de Granada con los reinos de Córdoba y Jaén", *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*, núm. 6 Segunda Época, Granada, 1992, pp. 81-128.
- "Poder religioso y cautivos creyentes en la Edad Media. La experiencia cristiana", Fe, cautiverio y liberación. "Cristianos con Dios en la pasión". *Actas del I Congreso Trinitario de Granada*, Córdoba, 1996, pp. 97-120.

